

a la abuelita, porque como está tan débil y enferma, seguro que le reconfortará. Se cortés y amable con ella y salúdala de mi parte, ¡y ni se te ocurra empezar a curiosear por las esquinas cuando llegues a su casa! Vete antes de que apriete el calor y haz el favor de compórtate tal y como le corresponde a una jovencita de tu edad: nada de corretear por allí y menos aún de salirte del camino, porque si te caes y se rompe la botella, la pobre abuelita se quedará sin nada.

Caperucita Roja prometió ser obediente y, ni corta ni perezosa, allá que se puso en camino hacia la casa de su abuela, pues esta vivía en medio del bosque, a una media hora de la aldea.

Apenas Caperucita empezó a adentrarse en el bosque, casi se da de bruces con el lobo, pero como aún no sabía que era un animal muy malvado, no se asustó.

—¡Buenos días, Caperucita! —le dijo el lobo.



«¡Uy, uy, uy! La próxima vez que quieras salirte del camino para internarte en el bosque y además, yendo sola cuando tu madre te lo tiene prohibido, te lo pensarás mejor».

Colorín colorado, este cuento no se ha acabado, porque corre el rumor entre las gentes del lugar, que en otra ocasión que Caperucita también quiso llevar un bizcocho recién hecho a su anciana abuela, otro lobo le salió al paso y quiso persuadirle de que se desviase del camino. Con la gran diferencia de que, esta vez, Caperucita siguió su camino siempre de frente y sin volver la vista atrás para contarle con pelos y señales, en cuanto llegó a casa de su abuelita, lo que había ocurrido:

—¡Uy, uy, uy! Me encontré con un lobo que, aunque fue muy amable y me deseó buenos días, ¡con qué ojos me miraba! Si no hubiéramos estado en medio de un camino tan transitado, me habría devorado allí mismo.

